

VISITA ÍNTIMA, DE VLADIMIRO RIVAS

Alberto Vital*

Vladimiro Rivas, cuentista nacido en Ecuador e hijo de México, nos muestra que todo texto literario es una visita íntima. El cuento es un género particularmente adecuado para que la lectura se vuelva una experiencia muy cercana a la vida interior o, si es el caso, a los dramas decisivos de un puño de personajes. Las criaturas de los cuentos extensos y de las minificciones y microrrelatos de Vladimiro Rivas se muestran en su núcleo, en su médula, en su sustancia, de modo que al cabo de unas pocas páginas los lectores tenemos una vivencia muy completa, la de haber asistido a toda una historia.

Visita íntima es un excelente título para esta colección de historias. Como Mónica, la protagonista del cuento que da su título al libro, todas las criaturas que pueblan este pequeño universo van (unos más directamente, otros menos) en busca de una situación primordial, sea amorosa, sea iniciática, a través de la cual pasarán a un estadio superior, más humano, más auténtico. De todos los personajes del volumen, yo me quedo con ella, con Mónica, pues me gusta mucho su capacidad para salir del pequeño mundo de un almacén de sudaderas (nombre mexicano) o calentadores (nombre ecuatoriano) y para vivir una experiencia que le cambiará su visión de las cosas.

Todos los seres humanos tenemos una cierta aptitud para dejar de ser personas y empezar a ser personajes. ¿Por qué una criatura de ficción merece pasar a las páginas de un cuento y existir allí, en un mundo propio, en un universo narrado? Lo merece porque transita de la persona al personaje. Ya sabemos que toda persona es en germen un personaje. Cualquier persona que intime casi de inmediato con una extranjera desconocida que compra una sudadera-calentador gris, está cruzando sin saberlo el umbral entre el ser persona y el ser personaje. Por cierto, al principio es la extranjera

* Universidad Nacional Autónoma de México.

quien es presentada como una obsesiva que sólo acepta sudaderas grises y rechaza las azules o las amarillas. En efecto, nuestras obsesiones nos llevan más allá de la frontera de la persona que somos y nos arrojan a los escenarios de los personajes. Son nuestras obsesiones las que suelen arrastrarnos hasta circunstancias que van más allá de una vida cotidiana más o menos segura, más bien rutinaria, más o menos protectora, más bien anodina. Quien insiste tanto en un color así de anodino, parece un ser obsesivo. Pero no. Muy rápidamente la extranjera aclara que el color es obligatorio: es para Luis, su hijo, preso sin razón por portar una cocaína que alguien le sembró en su equipaje. Y en el preciso momento en que la madre ecuatoriana deja de ser personaje, Mónica, la vendedora mexicana de sudaderas, comienza a serlo.

El amor nos vuelve personajes. Nos vuelve obstinados, eufóricos, depresivos, ingenuos, astutos. La obsesión, la euforia, la depresión, la ingenuidad extrema y la astucia son materia prima para argumentos de vida y para argumentos literarios. El amor nos prepara para la literatura de los hechos concretos y para la literatura de la ficción escrita.

Instintivamente Mónica llama *mamá* a la mamá de Luis. Nuestras carencias y nuestro deseo de colmarlas son otro puente desde la persona hasta el personaje: Mónica resiente la ausencia de su madre. Juntas ella y la mamá de Luis van al reclusorio. Mónica se enamora de Luis. Es entonces cuando ocurren las visitas íntimas. La manera de entregarse de Mónica es la manera de entregarse de los personajes literarios. Sin esa entrega (al amor de pareja, a otras pasiones, a ambiciones nobles o innobles, a búsquedas materiales o espirituales), la literatura no existiría, y la vida sería insípida.

No narro el final de *Visita íntima*. El derecho de saber qué pasa pertenece por entero a todos y cada uno de los personajes. Por lo demás, otro derecho de los lectores de libros de cuentos es dar inicio a la lectura por donde quiera. No está mal principiar por el cuento “Visita íntima” un tomo que se llama así, *Visita íntima*, aunque tal cuento no es el primero.

Yo sugiero leer, incluso antes del cuento que acabo de comentar en sus líneas generales, que los lectores ingresen en el libro no por la primera puerta, sino por las puertas de los relatos brevísimos, sean minificciones, sean microrrelatos. En pocos segundos habrán disfrutado, por ejemplo, de “Penitencia”, un texto de menos de una página que ya nos arrancaba exclamaciones de admiración allá por 1982, cuando el ilustre doctor José Martínez

Torres, secretario de redacción de la revista *Casa del Tiempo* de la Universidad Autónoma Metropolitana, tuvo en sus manos el manuscrito de este texto que, si mal no recuerdo, después apareció en las páginas de dicha revista o de alguna antología. A propósito de antologías, el volumen *Visita íntima* concluye con “La antóloga”, un intercambio de mensajes que parecen verídicos y que parecen ficción y que en todo caso son muy verosímiles. Y son una delicia.

Vladimiro Rivas es músico. Su prosa tiene su propia música. Aquí y allá nos recuerda el magisterio de los mayores prosistas de nuestra lengua. Pero Vladimiro va más allá y cumple completamente con el imperativo primordial de todo artista: el tener una voz propia y el construir con esa voz un mundo.